

<http://elblogdeltiojorge.blogspot.com>
f4vio.s@gmail.com

Tema: **El cuento policial**

Textos:

- **El espejo del mandarín**
- **La inspiración**
- **El país de la niebla**

Texto 1

El espejo del mandarín de Pablo de Santis

Una de las historias más antiguas que se cuenta del sabio Feng ocurrió durante la época de la gran peste. Los campos estaban cubiertos de cadáveres insepultos, con las caras y las manos marcadas por las pequeñas llagas de la enfermedad. Esas marcas parecían ideogramas de una lengua desconocida; Pero, por más extrañas que fueran nadie ignoraba su significado.

A falta de males, nació una rivalidad mortal entre Chou, el mandarín de Sur y Dang, el mandarín del norte. Dang había ofrecido una fortuna a quien se atreviera a matar a su enemigo. Chou temía por igual a la peste y a Dang. Por eso había renunciado a abandonar su enorme habitación. Para sentirse más seguro, hizo que le fabricaran una cerradura que solo podía abrirse desde el interior. Su única diversión era ataviarse con sus mejores trajes y mirarse en un gran espejo. Pensaba que el lujo era una armadura que la muerte no podía atravesar.

Una mañana, los sirvientes golpearon a su puerta, pero Chou no le abrió. Cuando a la tarde derribaron la puerta, lo encontraron tendido en el suelo, con un tajo en la garganta, la cara hundida en un lago de sangre. A su lado, una daga de oro. Su médico, el doctor Tsau, pasó un paño embebido en vinagre de cereza por la cara del mandarín. Pero Chou no reaccionó: estaba tan muerto como los cuerpos que la peste acumulaba en los campos y que la nieve los empezaba a cubrir.

No había duda de que el crimen era obra del mandarín Dang, pero faltaba saber quién de los habitantes del palacio había entrado en la sala para cortar la garganta de Chou.

Intervino en el caso la policía imperial, que interrogó a los sirvientes, a los cocineros, a los jardineros y al médico sin conseguir ninguna respuesta. Fue entonces cuando llamaron al sabio Feng que vivía en una cabaña alejada, y que nunca había entrado en un palacio.

El doctor Tsau acompañó al sabio Feng a la habitación del mandarín y le mostró el gran espejo y le dijo:

—Los sirvientes, son fácil presa de la superstición. Como la puerta no se abría desde afuera creyeron que el asesino solo pudo entrar por el espejo. Por eso han quitado todos los espejos del palacio para no morir ellos también.

El médico rió y los enviados de la policía imperial también rieron. Todos rieron menos Feng. Solo dijo:

—Un espejo también es una puerta.

Feng observó todo en la habitación, aun las sandalias del mandarín, los pliegues de las sábanas y las mariposas que habían muerto por acercarse a la lámpara. Luego fue a la sala destinada a los rezos, donde el cadáver esperaba el funeral. Allí pidió que lo dejaran solo con el cuerpo del mandarín, que permanecía sumergido en una cuba de aceite de cedro.

A la mañana siguiente. Feng se encontró con el doctor Tsau y con los enviados de la policía imperial en la misma habitación donde se había cometido el crimen. Todos esperaban el nombre del asesino.

—La peste es la culpable —dijo el sabio Feng.

—Extraña marca para la peste un tajo en la garganta —dijo el doctor Tsau.

Feng no hizo caso a la broma.

—Chou tomaba fuertes pócimas para dormir, que le daba su mismo médico, el honorable doctor Tsau. El asesino aprovechó su sueño para dibujar sobre la cara del mandarín las señales de la peste. En la piel del cadáver quedan todavía restos de tinta roja. Al despertar, Chou supo leer en el espejo el doloroso fin que le esperaba, y del que su médico tantas veces le había hablado. Entonces se cortó la garganta. Hubo un crimen, y las armas fueron un pincel de pelo de mono, unas gotas de tinta roja y un espejo.

—¿Y quién fue el que trazó esas marcas en su cara? —preguntó uno de los enviados de la policía imperial.

—El mismo que luego las borró con un pañuelo embebido en vinagre de cereza

—respondió el sabio Feng.

El doctor Tsau no se defendió y con su silencio aceptaba las palabras de Feng. Antes de que se lo llevaran, dijo en un susurro:

—El mandarín Dang me prometió abundantes tierras y un cargamento de seda. Ahora obtendré una soga de seda y un hoyo en la tierra.

Afuera la nieve borraba con paciencia las marcas de la peste, y pronto todo estuvo blanco.

Texto 2

El país de la niebla de Pablo de Santis

El mandarín Xan era uno de los hombres más ricos de China. Las tierras que rodeaban su palacio eran tan extensas que el mandarín no terminaba nunca de recorrerlas. De tanto en tanto se proponía llegar a un punto de los bosques de las colinas que ya no le perteneciera. Entonces partía de excursión antes del amanecer con medio centenar de criados, divididos en grupos según la tarea que les tocaba cumplir. Había encargados de llevar sillas y sombrillas, había portadores de medicamentos (que cargaban cofres con más de mil hierbas diferentes), había cazadores de mariposas y escorpiones (que siempre encontraban una nueva variedad, para complacer a su señor). Al frente marchaban los hombres-mapas, que no sólo llevaban los planos del bosque enrollados en las alforjas que colgaban de sus espaldas, sino que ellos mismos estaban tatuados con dibujos de senderos y ríos, por si acaso los otros mapas se perdían... Siempre caía la oscuridad antes de que el mandarín Xan hubiera dejado atrás sus propias tierras; temeroso de adentrarse de noche en lo desconocido, ordenaba el regreso. Tse-Lao, mayordomo del palacio, esperaba a su señor con una comida de 45 platillos, cada uno de los cuales recordaba a uno de los momentos de la excursión (la miel, el paso por el bosque; la menta, la colina del norte, donde tanto abundaba esa planta; el arroz negro, la llanura de las cenizas).

El mandarín Xan era tan rico que había comprado un país entero. Era un país lejano y que nunca había conocido; pero de tanto en tanto le llegaban noticias de ese reino remoto. Su nombre era largo e imposible de pronunciar; Xan lo llamaba *el país de la niebla*. El encargado de traer esas noticias eran Lu-Kan, un hombre alto y todavía joven, cuya piel estaba llena de cicatrices, como señal de sus largos viajes. Lu-Kan llegaba cada año al palacio cargado de objetos exóticos (cabezas de animales prodigiosos, cristales extraídos de las grutas, plantas capaces de devorar insectos, edicto del país de la niebla donde se proclamaba el amor y la obediencia al lejano mandarín Xan). Xan observaba los objetos y escuchaba con felicidad las historias de Lu-Kan: las expediciones marítimas, los

desfiles militares, las guerras constantes que siempre terminaban en triunfos, las danzas de las muchachas a la luz de la luna.

Pero Tse-Lao, mayordomo del palacio, que antaño había trabajado para el mismísimo emperador, estaba celoso de visitante. A diario intentaba convencer a su señor de que Lu-Kan era un mentiroso, de que ese país no exista, y de que el dinero que Xan enviaba iba a parar al bolsillo de Lu-Kan o de sus cómplices. Xan lo interrumpía; no quería saber nada de eso. Era como un niño con un juguete nuevo.

Hubo un año en que Lu-Kan llegó de noche, varios días antes de lo previsto. Como era tarde, fue directo a la habitación que le correspondía. A la mañana, los dos servidores que tenían la orden de llevarlo ante el mandarín, lo encontraron muerto. Un escorpión quiso escapar del cuarto, y uno de los criados lo aplastó con el pie.

II

Dos días después llegó hasta la humilde cabaña del sabio Feng una comitiva enviada por Xan. El mandarín conocía bien la fama de sabio Feng —todavía se hablaba en la ciudad del asesinato del poeta Siao, que Feng había resuelto con tanta habilidad—. Y lo llamaba para que estudiara la muerte de Lu-Kan. En el mensaje que le había escrito a Feng, Xan le decía que, si bien todo hacía pensar que el mismo Lu-Kan había traído el escorpión que lo había matado, era tal el odio que le profesaba una de las personas del palacio, que su muerte merecía la investigación de un experto.

La comitiva tardó otros dos días en regresar al palacio con su invitado. Cuando Feng —vestido, como siempre, con sus ropas de campesino pobre— entró en la sala principal, le llamó la atención que lo esperara, junto a Xan, el delegado imperial Lin, envuelto en el tradicional manto amarillo. (El amarillo era el color del emperador, y sólo él y sus delegados podían usar telas y objetos de ese color.)

—Perdona mi curiosidad, mandarín Xan. Pero, ¿por qué hay aquí un enviado del emperador? La muerte de un mensajero es un asunto doméstico, no un problema de estado.

—También a mí me incomoda su presencia, sabio Feng —dijo Xan, procurando que el hombre de amarillo no lo oyera—. Pero no he podido evitarlo. Uno de los sospechosos es Tse-Lao, mayordomo de mi palacio, que fue en el pasado un buen amigo del emperador. Él está muy preocupado por su suerte.

El sabio Feng estudió con atención el cadáver, que había sido conservado en aceite de cedro en los helados sótanos del palacio, y luego subió al cuarto de Lu-Kan para mirar el equipaje del mensajero y los restos del escorpión. Mientras trabajaba en el cuarto, el mandarín Xan, el delegado del emperador, Lin, y Tse-Lao, mayordomo de palacio, lo observaban con curiosidad. Feng juntó los restos del insecto con un palillo de madera. También miró de cerca la caja de madera en la que Lu-Kan había traído el escorpión.

—Dicen que usted Tse-Lao, odiaba a Lu-Kan —dijo Feng.

Al hablarle al mayordomo acercó su cara al palillo de madera con los restos del escorpión. Tse-Lao, con el miedo dibujado en su cara, retrocedió dos pasos, como si aun muerto el insecto pudiera picarlo.

—Es cierto: no me gustaba Lu-Kan. Era un embustero. Decía traer cosas de un país que no existía para poder sacarle dinero a mi señor. El escorpión es la prueba.

—¿Por qué?

—Ese escorpión estaba vivo cuando los criados entraron en la habitación. Rara vez un escorpión de esa clase vive más de dos meses. Y el viaje hasta el país de la niebla le llevaba mucho más tiempo, según decía el mismo Lu-Kan. Por lo tanto, lo debe de haber sacado de los terrenos cercanos al río de las piedras amarillas, a tres días de distancia.

—Me han dicho que Lu-Kan traía siempre regalos de ese reino para el mandarín Xan. Pero yo no encontré nada entre sus cosas.

El mayordomo respondió:

—Siempre traía regalos para mi señor, pero eran cosas que compraba en los mercados de las ciudades cercanas. Esta vez pensó que bastaba su palabra para engañar al mandarín. Trajo una carta donde el supuesto rey del país de la niebla promete el envío de cuatro cofres de piedras preciosas, sobre el lomo de un elefante.

—¿Un... qué? —Feng nunca había oído esa palabra.

—Un elefante, sabio Feng. Un animal que vive en la India. Un gigante de piel gruesa y grandes orejas.

—¿Grande como una cabra? ¿Cómo un caballo?

—Puede que más grande aún. Lu-Kan prometió el elefante, pero solo trajo la carta y el escorpión —dijo mayordomo.

—Pero yo no creo que Lu-Kan haya traído el escorpión —dijo Feng—. Como ustedes han visto, estudié con atención su equipaje y sus ropas. La terrible lluvia que en esta época asola el sur lo sorprendieron en terreno descubierto. Todo se mojó. Han pasado cuatro días y las cosas siguen húmedas. Todo menos esa caja de madera. Tiene, además, restos de té. Es una caja del palacio: en la base está el sello del mandarín Xan. Alguien liberó al escorpión mientras dormía, y dejó la caja abierta, como si el insecto hubiera escapado de allí. En mi pueblo, eso está considerado como una muy poco amable bienvenida.

El mandarín Xan dio una orden en voz alta y aparecieron dos miembros de la policía imperial. Se llevaron de inmediato al mayordomo. Tse-Lao bajó la vista y se dejó arrastrar en silencio.

El dueño del palacio hizo una reverencia:

—Gracias, sabio Feng. Estaba seguro de que Tse-Lao era culpable, porque siempre estuvo celoso de la atención que yo ponía en Lu-Kan. Pero el mayordomo era alguien por quien el emperador sentía una gran simpatía, y no podía hacerlo arrestar sin pruebas. También Lin, delegado del emperador, sonreía complacido:

—El sabio Feng ha probado con toda certeza la culpabilidad de Tse-Lao. El emperador, a quien represento, no se opondrá a que Tse-Lao sea ejecutado.

Feng seguía sosteniendo en su mano el palillo con el escorpión muerto.

—¿No parece un ideograma? Uno de sus antiguos ideogramas que encontramos a menudo en nuestros viejos textos, y que por momentos parecen decir una cosa, y al rato otra muy distinta... ¡Qué difíciles de leer son esos viejos signos!

—Yo solo veo un escorpión aplastado —dijo Xan.

—Un escorpión aplastado: tanto teme Tse-Lao a los escorpiones, que ni siquiera soporta la vista de uno muerto. No, mandarían Xan. El mayordomo Tse-Lao odiaba a Lu-Kan, pero no fue él el culpable.

—¿Quién entonces? —preguntó el dueño del palacio.

—Usted, mandarín. Cuando supo que Lu-Kan había venido antes de tiempo y sin su equipaje de regalos, creyó que al final confesaría la verdad. Y no quería oír esa verdad. Quería seguir soñando con la niebla de su reino lejano. Entonces soltó uno de los escorpiones de su colección y acusó al mayordomo Tse-Lao.

—¿Por qué iba a acusar a Tse-Lao? Hubiera dejado que todos creyeran que el mismo Lu-Kan había traído el escorpión.

—Quería hacerlo encarcelar porque estaba seguro de que era un espía del emperador. Como decimos en mi pueblo, quiso atrapar dos peces con la misma red.

El mandarín Xan sacó una daga de entre sus ropas. Y pareció estar a punto de apuñalar a Feng, cuando una mirada del delegado Lin lo detuvo.

—Nadie se atreve a acusar a un mandarín —rugió Xan.

—Verdad: nadie puede acusar a un mandarín, porque no hay jueces que sostengan tal acusación. Pero confío en la presencia del enviado imperial para poder abandonar el palacio sin daño.

—Mis guardias lo escoltarán hasta la salida, sabio Feng —dijo Lin—. Haré que también Tse-Lao salga del palacio. Mi manto amarillo le servirá de protección.

III

Tal como había dicho Feng, no había juez capaz de enfrentar el poder del mandarín. Pero a partir de aquella tarde Xan perdió el favor del emperador. Sus riquezas, sin la experta conducción del mayordomo Tse-Lao, se perdió en inversiones alocadas. No supo tomar ninguna precaución contra las inundaciones y las plagas. Abrumado por las deudas, el mandarín envió cartas suplicando perdón al emperador, pero ninguna fue contestada. Tres inviernos más tarde, el mandarín Xan agonizaba en el palacio cuyas habitaciones se llenaban de hojas secas y mariposas muertas. Una tarde oyó un ruido allá afuera, como si alguien golpea pesadamente el suelo, y se asomó a la ventana. Vio con tristeza el jardín devastado, ahora cubierto de una espesa niebla que venía de los pantanos. Ya nadie encendía las linternas de piedra, y había agua negra, sin peces, en los estanques. Estaba a punto de abandonarse y caer sobre la cama, cuando descubrió el animal gigantesco, con sus cuatro cofres dorados sobre el lomo. El elefante emergió de la niebla, bramó cómo si anunciara su llegada, y luego bajó la cabeza, en señal de veneración o de cansancio.

Texto 3

La inspiración de Pablo De Santis.

El poeta Siao, que vivía desde el otoño en el palacio imperial, fue encontrado muerto en su habitación. El médico de la corte decretó que la muerte había sido provocada por alguna sustancia que le había manchado los labios de azul. Pero ni en las bebidas ni en los alimentos hallados en su habitación había huellas de veneno.

El consejero literario del emperador estaba tan conmovido por la muerte de Siao, que ordenó llamar al sabio Feng. A pesar de la fama que le había dado la resolución de varios enigmas —entre ellos la muerte del mandarín Chou y los llamados "crímenes del dragón"— Feng vestía como un campesino pobre. Los guardias imperiales se negaron a dejarlo pasar, y el consejero literario tuvo que ir a buscarlo a las puertas del palacio para conducirlo a la habitación del muerto.

Sobre una mesa baja se encontraban los instrumentos de caligrafía del poeta Siao: el pincel de pelo de mono, el papel de bambú¹, la tinta negra, el lacre² con que acostumbraba a sellar sus composiciones.

—Mis conocimientos literarios son muy escasos y un poco anticuados. Pero sé que Siao era un famoso poeta, y que sus poemas se contaban por miles —dijo Feng—. ¿Por qué todo esto está casi sin usar?

—Sabio Feng: hacía largo tiempo que Siao no escribía. Como verá, comenzó a trazar un ideograma³ y cayó fulminado de inmediato. Siao luchaba para que volviera la inspiración, y en el momento de conseguirla, algo lo mató.

Feng pidió al consejero quedarse solo en la habitación. Durante un largo rato se sentó en silencio, sin tocar nada, inmóvil frente al papel de bambú, como un poeta que no encuentra su inspiración. Cuando el consejero, aburrido de esperar, entró, Feng se había quedado dormido sobre el papel.

—Sé que nadie, ni siquiera un poeta, es indiferente a los favores del emperador —dijo Feng apenas despertó—. ¿Tenía Siao enemigos?

¹ Tipo de planta con la que se pueden elaborar varios productos.

² Pasta sólida, compuesta de goma laca que se emplea derretido en cerrar y sellar cartas.

³ Imagen convencional o símbolo que representa un ser o una idea.

El consejero imperial demoró en contestar.

—La vanidad⁴ de los poetas es un lugar común de la poesía, y no quisiera caer en él. Pero en el pasado, Siao tuvo cierta disputa con Tseng, el anciano poeta, porque ambos coincidieron en la comparación de la luna con un espejo. Y un poema dirigido contra Ding, quien se llama a sí mismo "el poeta celestial", le ganó su odio. Pero ni Tseng ni Ding se acercaron a la habitación de Siao en los últimos días.

—¿Y se sabe qué estaban haciendo la noche en que Siao murió?

—La policía imperial hizo esas averiguaciones. Tseng estaba enfermo, y el emperador le envió a uno de sus médicos para que se ocupara de él. En cuanto a Ding, está fuera de toda sospecha: levantaba un barrilete en el campo. Había varios jóvenes discípulos con él. Ding había escrito uno de sus poemas en el barrilete.

—¿Y dónde levantó Ding ese barrilete? ¿Acaso se veía desde esa ventana?

Sí, justamente allí, detrás del bosque. Honorable Feng: los oscuros poemas de Ding tal vez no respeten ninguna de nuestras antiguas reglas, pero no creo que alcancen a matar a la distancia. ¡Además, el barrilete estaba en llamas!

—¿Un rayo?

—Caprichos de Ding. Elevar sus poemas e incendiarlos. Yo, como usted, Feng, tengo un gusto anticuado, y no puedo juzgar las nuevas costumbres literarias del palacio.

Feng destinó la tarde siguiente a leer los poemas de Siao. A la noche anunció que tenía una respuesta. El consejero imperial se reunió con él en las habitaciones del poeta asesinado. Feng se sentó frente a la hoja de bambú y completó el ideograma que había comenzado a trazar Siao.

—"Barrilete en llamas" —leyó el consejero—. ¿La visión del barrilete le hizo a Siao recuperar la inspiración?

—Siao trabajaba a partir de aquello que lo sorprendía. El momento en que se detiene el rumor de las chicharras, la visión de una estatua dorada entre la niebla, una mariposa atrapada por la llama. De estas cosas se alimentaba su poesía. Aquí en el palacio, ya nada lo invitaba a escribir: por eso su pincel nuevo estaba sin usar desde hacía meses. Ding puso allí el veneno, y con la suficiente anticipación como para que nadie sospechara de él. Sabía que Siao, como todos los que usan pinceles de pelo de mono, se lo llevaría a la boca al usarlo por primera vez, para ablandarlo. Los restos del veneno se disolvieron en la tinta. Esa fue una de las armas de Ding.

—Imagino que la otra fue el barrilete —dijo el consejero.

—Ding sabía que al ver algo tan extraño como una cometa en llamas, la inspiración volvería al viejo Siao.

Feng tomó el pincel de pelo de mono y escribió:

Un barrilete en llamas sube al cielo negro.

Brilla un momento y se apaga.

Así la injusta fama del mediocre Ding.

—Mis dotes como poeta son pobres, pero acaso no esté tan alejado del tema que hubiera elegido Siao —Feng limpió con cuidado el pincel—. Como poeta Ding rechaza toda regla, pero como asesino acepta las simetrías. Para matar a un poeta eligió la poesía.

⁴ Creencia excesiva en las habilidades propias o la atracción causada hacia los demás.